

A woman with long, dark, wavy hair is seen from behind, looking out over a vast, calm ocean. The sky is a soft, warm orange and yellow, suggesting a sunset or sunrise. In the distance, there are some blurred lights, possibly from a city or a boat. The overall mood is contemplative and serene.

SOLO EL PASAPORTE

Carmen S. Torres

Solo el pasaporte

Carmen S. Torres

Título original: Solo el pasaporte

© 2017 María del Carmen Seguí Torres

Primera edición: noviembre 2017

Licencia: todos los derechos reservados.

Queda prohibido reproducir el contenido de este texto, total o parcialmente, por cualquier medio analógico o digital, sin permiso expreso de la autora al amparo de la Ley de Derechos de Autor.

Los personajes, eventos y sucesos presentados en esta obra son ficticios. Cualquier semejanza con personas vivas o desaparecidas es pura coincidencia.

Dentro de veinte años estarás más decepcionado de las cosas que no hiciste que de las que hiciste. Así que desata amarras y navega alejándote de los puertos conocidos. Aprovecha los vientos alisios en tus velas. Explora. Sueña. Descubre.

– [Mark Twain](#)

ÍNDICE

1. DANIEL NORTHONWOOD, FOTÓGRAFO DE VIAJES.

Lunes 22 de junio. Reflexión evasiva de la madrugada.

Martes 23 de junio. Asco de vida: ¡mátame universo!

Miércoles, 24 de junio: reflexión friki de la mañana

2. CAMINO A TAILANDIA.

¿Solo el pasaporte?

Esta tarde está yendo mejor de lo esperado. Confesiones.

Mis gafas rayadas y Nacho. Sala VIP. Zúrich, Suiza.

El fotógrafo y su historia

3.- MOCHILEROS EN EL NORTE

Jueves 25 de junio. Hostel Samsara, Lamphun. Mis primeras impresiones.

Vida nocturna en Lamphun: Paolo.

Quién me mandaría complicarme la vida.

Viernes, 26 de junio: 12 del mediodía en Lamphun. Daniel desaparece.

4.- DOI INTHANON.

Sábado 27 de junio: madre no hay más que una

Si existe el paraíso, estoy en él.

Quisiera detener el tiempo como en un time-lapse.

Domingo 28 de junio: la cima más alta de Tailandia.

5.- EL TOUR DE CHIANG MAI Y UN TODO INCLUIDO DE LUJO.

Domingo 28 de junio, por la noche. Check-in

Atacando la raíz del problema

Lunes 29 de junio. Nirvana

El Gran Cañón de Chiang Mai.

Nuestra última noche en Doi Inthanon.

Martes 30 de julio. Quisiera quedarme para siempre

6—RUMBO A LAS ISLAS DEL SUR ESTE.

Martes, 30 de junio de 2015: Lawan.

Mal empezamos.

Martes 30 de junio. Reencuentros en Koh Phangan

Full Moon Party, neones y birras

La noche más larga.

Detrás de las casetas.

7.- QUIEN ERES EN REALIDAD

Miércoles 1 julio. Despertando de una pesadilla

Barcelona-May-June 2015

Mentiras del pasado

Jueves 2 junio. Sin lugar donde dormir.

En la boca del lobo

8.- DECISIONES, DECISIONES...

Domingo 5 de julio. En extrañas circunstancias

Necesito aclarar mis ideas

Lunes 6 de julio. May, te echo de menos.

Mi camino empieza ahora

9.- KRABI

El Blue Star Hostel

Martes 7 de julio. Quiero estar contigo.

Sábado 11 de julio. Recuperándonos.

Jen sigue aquí, de algún modo

Birmingham

10.- NO QUIERO PERDERTE

Lunes 13 de julio. En mitad de la noche

Martes 14 de julio. El camino es sacrificado

Un error de la justicia

Miércoles 15 de julio. Ahora o nunca

Adiós es para siempre

11.- BARCELONA

Siempre nos quedará Koh Phangan.

1. Daniel Northonwood, fotógrafo de viajes.

Lunes 22 de junio. Reflexión evasiva de la madrugada.

Son las cuatro de la mañana y estoy haciendo un esfuerzo titánico por concentrarme: la última semana de exámenes finales se me está haciendo eterna. Tengo a la cafetera haciendo horas extras, y estoy empezando a notar los efectos de ir cargada de café y de Red Bull hasta arriba. A pesar de que la ingesta descontrolada de cafeína y otras sustancias estimulantes legales me mantiene despierta, cuanto más tarde se hace, más bloqueada me siento.

«Solo uno más, un tema más y lo dejo», me repito una y otra vez para darme ánimos, mientras paso las páginas con desgana y sin poner atención. Sin embargo, a estas alturas, soy consciente de que no hay nada que hacer: suspiro agotada y lanzo el libro contra la pared con rabia. Todo lo que haga a partir de ahora es totalmente inútil. «Necesito unas vacaciones».

Me tumbo en la cama de mi habitación de estudiante y cierro con fuerza los ojos doloridos, mientras me masajeo la frente. Ya lo sé, no existen fórmulas mágicas. Esta es la única manera de pasar los malditos exámenes. Repetición, repetición, repetición. Es lo normal y no soy una novata, pero tras tantas horas de estudio dándole vueltas a la neurona que me queda, llega un punto en que todos los datos que he almacenado se confunden y es cuando empiezo a perder el norte y la motivación.

Ni una sola fecha, corriente política, línea de pensamiento o cita interesante cabe ya en este cerebro a punto de estallar. Gracias, Sócrates, por describir con meridiana claridad el punto exacto en que me encuentro ahora: Solo sé que no sé nada.

Y desde luego Historia Política, la asignatura más hueso del grado, está consiguiendo que me entre el miedo al fracaso de nuevo. Menos mal que solo me queda una para acabar mis estudios, porque si no, estaría ahora mismo a punto de tirarme por un puente.

La única cosa que me lleva fuera de este lugar es ver de nuevo sus fotos. Soy buena poniéndome excusas, ¿verdad? A fin de cuentas, ya es demasiado tarde para seguir comiéndome la cabeza por los tres temas que me quedan, así que cojo el teléfono móvil y me dedico a evadirme de mis estudios cotilleando de nuevo en su cuenta de Instagram.

Si pudiera describir a un hombre ideal, y puestos a elucubrar, el dibujo resultante sería muy parecido a él: aventurero y divertido, con una eterna sonrisa que ilumina su cara y unos ojos azules expectantes que se maravillan con todas y cada una de las cosas que entran en su campo de visión. Daniel Northonwood, fotógrafo de viajes, más conocido en las redes como @Northonwoodphoto. Tan encantador como una estrella de cine pero tan cercano que podría salir de copas con él y divertirme toda la noche. Así es él, y está para comérselo.

Pero claro, este tipo de hombres solo existe en las novelas y en las pelis románticas donde el chico maravilloso se enamora de la niña alelada de turno y son felices para siempre viviendo al límite. Y en Instagram, por supuesto, que es hoy por hoy, el mundo perfecto donde habitan mis fantasías.

Deslizo mi dedo por la pantalla y el corazón me da un vuelco. Ahí está él otra vez, compartiendo sus aventuras y las pequeñas cosas de su día a día, sin otro deseo que ser visto y hacer llegar a su cohorte de fieles seguidores sus sensaciones ante la naturaleza y las gentes que encuentra en sus viajes, lo cual, para mí, es como tener un portal mágico abierto hacia otra dimensión.

Ya quisiera yo estar ahora mismo donde está él y no medida hasta el cuello en este mar de desesperación. Su cuenta es para mí como un salvavidas al que me aferro en mis horas bajas, donde puedo compartir su particular interpretación de la vida, una vida en libertad con mil matices, situada justo en el polo opuesto de mi absolutamente penosa existencia.

Confieso, sin un ápice de vergüenza, que tengo activadas sus notificaciones y que espero impacientemente cada una de sus entradas como una fan desquiciada. Solo así consigo trasladarme, aunque sea virtualmente, a paraísos de ensueño que me reconfortan y me dan ese chute diario que me aleja de mis responsabilidades.

Esta semana, mi adorado mochilero envía recuerdos a sus fans desde Indonesia. Así, he podido disfrutar de paisajes bellísimos, de amaneceres de fábula y de una foto suya bebiendo piña colada, en la que casi podía sentir la suave brisa con olor a salitre de esa playa dorada. Sus fotografías me traen la espiritualidad de templos lejanos, los encendidos colores de la comida especiada y el vibrante movimiento de la gente que hace su vida en mercadillos abarrotados. En todas ellas se adivina la genuina pasión que siente por la aventura, y eso lo hace todavía más atractivo.

Sonrío como una boba mientras vuelvo a recrearme en él, espiando sus publicaciones más recientes. Es increíble cómo se las apaña para ser siempre una parte más de la foto, posando como quien no quiere la cosa, mientras pasa la realidad por el filtro de su mirada curiosa y lleva la atención del encuadre sobre algún detalle que a la mayoría de personas nos pasaría inadvertido.

Pero cuando de verdad me enamora, es cuando se pone melancólico. Hoy mismo, sin ir más lejos, ha colgado una foto caminando solo hacia el horizonte, con un idílico paisaje marino bañado por el atardecer como fondo y su figura delgada recortada por la luz. Entonces se me han fundido los plomos y me ha entrado la vena soñadora, mientras todos mis sentidos se han concentrado en esa imagen y he volado a su lado un instante para caminar junto a él y cogerle de la mano en silencio.

Por eso, antes de caer rendida en mi cama, esa última miradita stalker a su cuenta me ha alegrado la noche. Esa playa merece un «me gusta» y, puestos a ser generosos, también un comentario: «es la playa más bonita que haya visto nunca. Pero tú la superas en encanto».

Como tantas otras veces, sonrío descaradamente mientras le doy al botón de enviar y sigo fantaseando con mi chico preferido a pesar del cansancio. Por otra parte, ¿a quién puede importarle ese coqueteo tan directo? La verdad, ni lo sé ni voy a ponerme a averiguarlo ahora. Todas mis estupideces quedan justificadas porque hoy, con el estrés que llevo a cuestas, ni siquiera soy persona.

De todas formas, el mensaje está enviado y yo ya he conseguido esas cosquillitas que me nacen en la boca del estómago cada vez que me pongo en evidencia en las redes sociales: una triste autocomplacencia. No sé si lo leerá, pero ahí queda eso. Alegría para mi cuerpo, eso es todo. Aun así, me gusta imaginarme la cara que pondrá al leer mi mensaje, sonriendo ante mis ocurrencias, e incluso me emociono al pensar que se le pase por la cabeza contestarme, aunque sé positivamente que jamás lo hará.

Por desgracia, este punto está más que demostrado: aunque he insistido hasta la extenuación bombardeando sus fotos con comentarios subidos de tono, nunca he tenido una respuesta suya, posiblemente, porque está demasiado ocupado quitándose a fangirls en celo como yo de encima.

Debo ser su peor pesadilla, pero me da igual. Desde que me adentro en las redes sociales estoy perdiendo el miedo y la vergüenza a la vez que gano enteros en emoción, excitación y vida. Sin embargo, con lo cobarde que soy, también sé que no podría decirle nada de eso a la cara.

En realidad a veces me siento como una acosadora, pero me consuela saber que, por mucho que me pase de la raya, mis palabras quedarán ahogadas entre una retahíla interminable de comentarios de igual calibre. Por mucho que me cueste admitirlo, para Daniel solo soy una más.

Sea como sea, con mis patéticos intentos de llamar su atención siento que comparto con él su aventura y eso me hace feliz, aunque sea desde este oscuro cuarto, enterrada viva entre libros y apuntes. Supongo que solamente se trata de un juego, aunque por lo que a mí concierne, estoy jugando sola.

Daniel, tan lejos, tan cerca. Sé que es inalcanzable, pero, aun así, prefiero las mariposas.

Pongo a cargar el teléfono y programo la alarma para que suene a las siete: tengo que dejar ya de lado todas estas estúpidas fantasías y regresar a mi yo más racional. A estas horas he agotado todas mis reservas de energía. Confío en que los conocimientos que he adquirido, para bien o para mal, no se hayan esfumado al despertar.

Martes 23 de junio. Asco de vida: ¡mátame universo!

Como esperaba, y estaba escrito con letras de fuego en mi miserable destino, el examen ha sido un completo fracaso. La vida del estudiante poco constante es dura y como no puedo culpar a nadie de este desastre, me he conformado con lamentarme de mi suerte. Este ha sido el comienzo de un día de mierda.

Cuando he vuelto de la universidad, mis compañeras de piso aún no habían regresado, pero sí que seguían allí los platos sucios de la noche anterior y la pila de ropa para lavar acumulada durante toda la semana.

Sara y Joana, esas dos miserables, no han dejado de mandarme todo el día mensajitos picantes y selfies de dudoso gusto con los camareros guapos de los baretos del Poble Sec, echándome en cara su felicidad, cuando lo único que yo quería era descansar de mi infructuoso sprint final. En vez de animarme, lo único que han conseguido es que me hundiera aún más en el pozo de mis miserias, sin tener en cuenta que la ecuación vida social=cero, es la única que ahora tiene sentido para mí.

En venganza por su falta de consideración, me he asegurado de que cuando regresen a casa se tengan que poner las pilas con las tareas de limpieza, porque hoy no tengo fuerzas ni para levantar una cuchara de la mesa.

Después de comer mi insípida ensalada de lechuga con atún sacada directamente de la bolsa sin ninguna gracia, me ha llamado mi madre, echando por tierra mi fantástico plan de hacerme un ovillo en la cama, ponerme la tele con sesión continua de series lacrimógenas y dejar que toda la tensión acumulada salga por sí sola.

Es curioso, pero nunca se le olvida una sola fecha comprometida. Esta vez, el evento de rigor es el santo de mi padre, que coincide con la noche de San Juan. Por tanto, como manda la tradición familiar, tendré que acudir y sentarme a escuchar de nuevo todas las discusiones domésticas entre mis tíos y mi prima adolescente y las peleas por las ideas políticas trasnochadas del suegro de mi hermana, planazo del que pretendía escaquearme este año por primera vez.

Pero no ha habido manera: mi madre, a su estilo controlador, no ha parado hasta que le he asegurado que ya tengo el billete a Mallorca, así que no me ha quedado otro remedio que confirmar mi asistencia. Ojalá tuviera la capacidad de enfrentarme a ella de una vez y empezar a hacer mi vida sin tener que darle explicaciones en cada momento, que ya tengo 23 años.

Para acabar de rematar, no me he acordado hasta que ha sido demasiado tarde de que ayer por la noche era el concierto de Nacho en la Bodega de Baco, aunque él no ha dudado en llenarme el teléfono de mensajes y de llamadas perdidas para recordarme que sin mí, su musa, la inspiración se le fue al cielo y tocó fuera de tono al menos dos canciones. Sin embargo, después de mi fracaso de esta mañana, tenía el día tan girado que lo he ignorado completamente. Esto va a ser el principio de una bronca segura con el señor saxofonista hípster alternativo, tan metido en su propio mundo de colores y sonidos que no presta atención a nada de lo que le digo.

Mientras tanto, ahí sigue Daniel, con sus fotos en paraísos lejanos, ajeno a mi triste y gris vida. Asco de vida.

Basta ya. Sí, y qué. Es lo que tiene ser la reina de las fiestas en la soledad de mi cuarto, intentando sobrevivir al último curso. Sí, universo, ¡mátame ahora! En estos momentos, no me importaría: estoy KO total.

Ya, lo sé. Soy consciente de que a estas alturas, necesito salir y despejarme, pero no tengo ganas de mover un pie fuera de la cama. En fin, mañana será otro día, pero mientras espero que se acabe esta pesadilla, voy a dar un rápido repaso a la cuenta de Instagram de mi mochilero de pro.